

EL PROFESOR DON GUMESINDO MENDOZA.

Circunscritos á los estrechos límites de un artículo necrológico, dejamos á su biógrafo el dar á conocer al mundo científico los servicios que el humilde, pero distinguido miembro honorario de la Academia de Medicina de Méjico, prestó á la ciencia nacional durante su preciosa existencia. Nacido en pobrísima cuna, con su dedicación al estudio, con su aprovechamiento, con su constancia y su fe, luchó como un héroe contra las vicisitudes de una adversa fortuna, hasta triunfar por completo, elevándose por sus relevantes méritos á los más distinguidos puestos científicos, ocupando un asiento en las Academias y Sociedades, así como en los primeros establecimientos de educación de la Capital.

Fué nombrado socio titular de la Academia de Medicina de Méjico el 31 de Enero de 1866, y honorario el 23 de Junio de 1880.

Hacia tiempo que las vigiliass y el trabajo mental continuo lastimaban lentamente su cerebro, y su ser moral decaía poco á poco á la par que el físico; algunos meses arrastró una existencia penosa, y por fin, el 6 del corriente mes, á las ocho de la mañana, sus párpados se cerraron para no abrirse más.

El Director interino del Museo Nacional, de cuyo establecimiento era Director el Sr. Mendoza desde 1877, los Profesores del mismo, el Director de la Escuela de Medicina y algunos de sus amigos íntimos, se ocuparon de preparar la inhumación del cadáver de una manera cual correspondía al primer profesor del Museo. El Supremo Gobierno y el C. Gobernador del Distrito contribuyeron cada uno en su esfera para que la inhumación se hiciese en consonancia, hasta donde fuese posible, con los deseos de los amigos del finado.

El cadáver se inyectó por el inteligente Dr. López; fueron invitadas las Sociedades y Establecimientos científicos, y el lunes 8 se depositó el cuerpo del Director en un salón del Museo, adornado sencillamente.

A las tres y media de la tarde, la caja se colocaba en el carro fúnebre; la comitiva se distribuía en cuatro wagones enlutados convenientemente, y todo en regla, el cortejo fúnebre fué conducido á la ciudad de Guadalupe Hidalgo.

Al llegar á la plaza principal, la comitiva, presidida por el Sr. Dr. Ortega, Director de la Escuela de Medicina; por el Dr. Sánchez, Director del Museo, y por los Sres. Herrera, Altamirano y Fuentes Muñiz, amigos íntimos del Sr. Mendoza, ascendió en silencio por el Tepeyac detrás del cadáver hasta llegar á la fosa número 50, á cuyo borde se depositó la caja.

Leyeron en seguida discursos alusivos las personas siguientes:

Por los profesores del Museo, el Dr. Manuel Villada.

Por la Asociación «Pedro Escobedo,» el Profesor D. Manuel Aragón.

Por la Sociedad de Historia Natural.

Por la Academia de Medicina.

} Dr. Manuel S. Soriano.

Por la Escuela de Medicina, el Profesor D. Donaciano Morales.

Por la Sociedad de Geografía y Estadística, el Sr. D. Ignacio Altamirano.

Concluido el tierno discurso que allí improvisó este distinguido orador, se colocó la caja en la bóveda construida al efecto, y se cubrió la fosa, depositando sobre ella los Sres. Herrera y Sánchez las coronas que los profesores del Museo y los miembros de la Sociedad de Historia Natural habían hecho conducir.

Insertamos en seguida el discurso que el Sr. Soriano pronunció, representando á las Sociedades que hemos mencionado.

Señores: Cumpliendo con un deber sagrado, hemos conducido hasta su última morada el cadáver de un amigo querido; estamos ya frente á su fosa..... Bien pronto ese recinto guardará los restos que son el despojo de una vida.... Por fin.... terminó su existencia... esa existencia preciosa, consagrada al estudio y á la meditación; esa vida que fué toda de la ciencia y de la Patria.

¡GUMESINDO MENDOZA no existe ya!....

Ved sus pupilas inmóviles.... tocad su rígido semblante.... ese cerebro no piensa más.... el fuego que animaba su inteligencia privilegiada se extinguió por completo.... No late como en otro tiempo su corazón, henchido por la satisfacción de un descubrimiento.

Bien lo sabéis; el perpetuo estudio y la continua meditación desorganizaron su cerebro.... y por fin murió....

No es, señores, el momento de bosquejar una vida por mil títulos estimable, cuando nuestro corazón está transido por el dolor y nuestros ojos humedecidos por las lágrimas; no tenemos más que sentir, no podemos más que llorar. Llorar la pérdida del amigo y sentir la ausencia del sabio, he aquí el doble objeto que nos preocupa en estos momentos.

La muerte de Mendoza es una de aquellas calamidades que nunca se deplorarán bastante. Miembro de todas las Sociedades Científicas de Méjico y de algunas extranjeras, á todas dió su contingente de saber; en las páginas de sus anales legó el fruto de sus profundos estudios y de sus prolijas investigaciones; pero dos hubo á quienes consagró las primicias de sus trabajos, y son precisamente las que me envían aquí: la Academia de Medicina y la Sociedad Mejicana de Historia Natural; permitidme relate sucintamente su historia, y por su importancia, mediréis la pérdida que han experimentado.

*
* *

Eran los días tristísimos para la Patria; el invasor francés hollaba con su planta los encantadores bosques de nuestra querida Méjico, y ávidos de gloria, los sabios de allende los mares, remiten á su Comisión Científica, que había llegado hasta aquí, unas instrucciones para hacer estudios sobre nuestra fauna y nuestra flora.

En ellas se decía que solo se habían hecho trabajos en el ramo de Historia

Natural por los visitantes extranjeros y por los *botánicos españoles* Mociño y Sessé. ¡Crasa ignorancia! ¡Mociño había nacido en el Estado de Méjico!

Mendoza y Herrera sienten herido el orgullo patrio, y como prólogo de sus estudios, publican unos apuntes sobre el origen de Mociño; este fué el primer mentis de las verdades tan magistralmente aseveradas: después, los dos compañeros y amigos emprenden sus estudios sobre las *cantáridas mejicanas*, difundiendo su empleo con mejor éxito que la extranjera; investigan los efectos tóxicos de las *sanguijuelas*; analizan el «*Yoloxochitl*,» el «*Anacahuite*,» la «*hierba del pollo*,» buscan el origen del *tequezquite* y del *cloruro de sodio* en el Valle, y Mendoza sólo, analiza el *té de milpa* y las *aguas minerales de Aragón*; estudia la *hierba* llamada «*de la mula*,» y aconseja los reactivos propios para el *análisis de la pureza del cloroformo*; otros muchos trabajos han quedado desconocidos é inéditos.

Estos escritos científicos bastarían por sí solos para inscribir el nombre de Mendoza en el catálogo de los buenos hijos de Méjico, que han hecho avanzar la ciencia nacional.

Prodiganse honores al guerrero que pasa sobre arroyos de sangre asaltando un reducto; corónanse con laurel las frentes de los que nos arroban con una nota melodiosa; ensálzase al poeta que, en apasionados versos, nos dice los misterios del amor; y qué, el hijo de la ciencia que da su vida por ella, merece menos honra? Newton y Darwin son coronados por la Inglaterra, y sus cenizas se guardan con veneración en las criptas de Westminster; y el químico que descubre una combinación, con cuya industria puede dar alimento á una familia y trabajo á un pueblo, ¿no es acreedor á un elogio?

Pero muchas veces no es la historia contemporánea la que aprecia el valer de un hombre; las generaciones que le siguen se encargan de inscribir sus nombres en el templo de la inmortalidad; erigen estatuas que muestran con orgullo, y tiempo vendrá para Méjico, en que, al lado de Escobedo y de Río de la Loza, se coloque el Director del Museo de Méjico.

Señores, perdonad mi digresión....

Tenemos que partir.... guardemos esos queridos restos, mejor dicho, entreguémoslos á la madre común; mañana, ella nos recibirá también....

Y tú, amigo querido, á quien hace 32 años estreché la mano por primera vez; tú, á cuyo lado libé el néctar dulcísimo de la ciencia; tú, que en mis horas de infortunio vertiste el bálsamo divino del consuelo y de la resignación sobre mi alma dolorida; tú, á cuya palabra uní la mía para maldecir al invasor de mi Patria, y después para ensalzar sus triunfos y su gloria, recibe mi último adiós.

La Ciencia y la Patria guardarán tu sepulcro; mi corazón será el de tu querida memoria.

¡GUMESINDO MENDOZA, ADIOS!